

— ¿Ve V. una columna en aquella punta? preguntó á Miguel el Sr. Blondeau, en el momento de doblar un pequeño promontorio. Es difícil de distinguir y si yo no supiera exactamente dónde está, me costaría trabajo divisarla.

Es un monumento consagrado por los franceses á un compatriota nuestro y en él se lee la inscripción siguiente:

«Este punto, visitado por La Pérouse en 1788, es el último de donde envié á Francia noticias suyas.»

Y un poco más abajo:

«Monumento erigido en nombre de Francia por los Sres. Dumont d'Urville y Du Camper, comandantes de la fragata *La Thetis* y de la Corbeta *La Esperanza*, fondeadas en Port-Jackson en 1825.»

— Ahí es, siguió diciendo Blondeau, donde acaban las huellas dejadas por La Pérouse; ahí donde se embarcó para la expedición de que no debía volver.

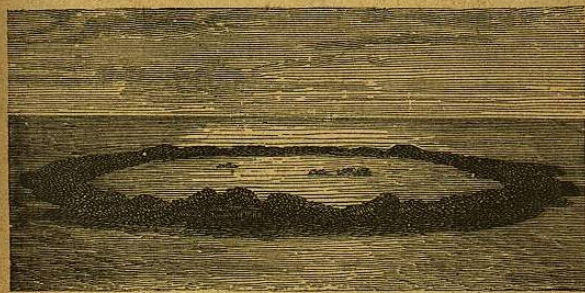
Al ir de Taiti á Numea hice un rodeo para visitar la isla de *Vanikoro*, el punto en que La Pérouse halló la muerte al cumplir la misión que le había sido confiada.

LXXII. — EL MAR DE CORAL. — LAS ISLAS MADREPÓRICAS.

Era ya de noche cuando la *Estrella de los Mares*, que así se llamaba el buque en que nuestros amigos iban embarcados, pasó la boca de la rada y penetró en alta mar; pero el faro de Sydney, que es el más hermoso del mundo, difunde por las aguas el brillo de su luz eléctrica. Este resplandor es tan intenso que la vista puede difícilmente sostenerlo á la distancia de siete ú ocho kilómetros. Delante del navío se extiende una ancha franja diamantina; sin embargo, la claridad va debilitándose poco á poco y lo

único que sigue iluminando el mar son algunos reflejos fosforescentes.

— No hace mucho que se ha establecido una línea de vapor entre Sydney y Batavia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel mientras se paseaban por el puente. En otra época había, para ir de uno de esos puntos al otro, que dar la vuelta á Australia en sentido inverso, á lo largo de la costa occidental, porque el *mar de Coral*, que vamos á atravesar, y sobre todo el *estrecho de Torres*, que separa el continente aus-



Islote madrepórico en formación.

traliano de *Nueva Guinea* están erizadas de islotes que hacen muy peligrosa en ellos la navegación.

— ¿Por qué se llama mar de coral esta parte del Océano Índico? preguntó Miguel. ¿Acaso se pesca en ella mucho coral, como en las de Argelia?

— No es eso. El *coral* que sirve para hacer adornos y joyas, se encuentra exclusivamente en el Mediterráneo, en las costas de Argelia, y también en las de *Nápoles* y en el *Archipiélago griego*; pero esta parte del Océano Índico está sembrada de *islotes madrepóricos*, formados por *pólipos* ó *madréporas*, animales-plantas de la misma familia que los corales, y así es que se les da este nombre.

— ¡ *Animales-plantas!* exclamó Miguel. ¿ Qué significa semejante palabra ?

— Significa lo que dice, esto es, que hay criaturas en parte plantas y en parte animales al mismo tiempo.

— ¿ Según esto, el coral es un animal ? Yo lo creía piedra.

— Es efectivamente una piedra, aunque tiene el aspecto de un arbolito ; pero esta piedra es producto de un *pólipo*, animalillo viscoso, transparente, blanquecino, visible apenas á simple

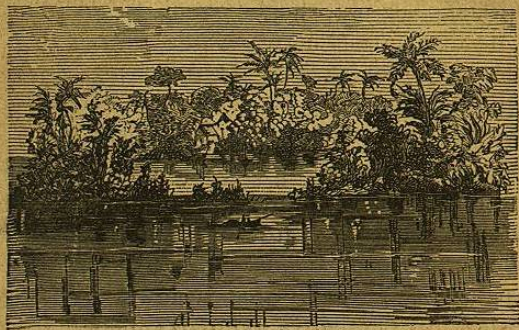


Pólipo.



Coral.

vista, y que habita en número considerable el fondo del mar. Este pólipose adhiere á una roca submarina y



Isla madreporica que empieza á cubrirse de vegetación.

valiéndose de una materia sólida que su cuerpo segrega, en proporciones infinitesimales (infinitamente pequeñas), construye una minúscula porción del árbol de coral. Después vienen otros pólipos á contribuir

con su fragmento de materia á la construcción submarina, le añaden nuevas ramas, y poco á poco, al cabo de años y de siglos, el árbol submarino se extiende, crece, y llega á formar islotes primero é islas al fin.

— ¿ Cómo es esto ?

— Muy sencillo. Mientras el arbolillo submarino de que he hablado iba creciendo, junto á él se elevaban miles, centenares de miles análogos. Así acababan por formar bosques, y agregando cada vez nuevas ramas, alcanzan la superficie del mar. Entonces las algas marinas que flotaban á flor de agua han sido detenidas por esos corales; el océano ha echado encima arena y restos de mariscos. Esas materias han ido aglomerándose; las aves al pasar por encima en sus emigraciones han dejado caer en la tierra algunas semillas; las olas han llevado allí, desde una isla cercana, gérmenes de plantas, y el terrible escollo ha acabado por convertirse en terreno fértil.



Vijia.

Pues bien, el mar en que ahora navegamos está sembrado de islotes análogos al que acabo de describir. Cuando *emergen*, esto es, cuando salen del agua, presentan escaso peligro; pero si no se les ve, esto es cuando apenas llegan á la superficie ó si están enteramente cubiertos, forman escollos ó arrecifes en que los navíos están expuestos á zozobrar.

Muchos de estos escollos están indicados en los *derroteros*, y los otros se revelan en ocasiones por el color del agua que los cubre; pero es indispensable que los *vijas* ó centinelas que desde lo alto

del mástil van explorando el mar é indicando los arrecifes no se distraigan un solo instante.

LXXIII. — EL ESTRECHO DE TORRES.

La *Estrella de los Mares* continuaba costeando para dirigirse al norte; á medida que iban acercándose al Ecuador, la temperatura sé hacia más cálida; la noche era más fresca y Miguel pasaba parte de ella sobre cubierta, admirando los resplandores del mar fosforescente, ó contando los numerosos faros construídos en los islotes rocallosos que circundan el continente.

— Hace algunos años, dijo el Sr. Blondeau una noche que también él había dejado su camarote para buscar un poco de fresco, el navegante que se arriesgaba á lo largo de las costas de la *Queensland* (Tierra de la Reina), que así se llama esta parte de Australia, veía en vez de esas luces pacíficas, las hogueras que los salvajes encendían en las alturas, no para guiar á los viajeros, señalándoles los pasos y los escollos, sino para avisar á otras tribus de que estaba cerca un buque cargado de carne humana. Si el barco encallaba, su pérdida era segura. Inmediatamente salían de la orilla multitud de piraguas, cargadas de indígenas que acudían á tomar parte en el festín que les proporcionaba el destino.

— ¿ Esos caníbales han desaparecido?

— No del todo; pero como estos sitios son más visitados, se muestran menos atrevidos y van abandonando poco á poco las costas para retirarse tierra adentro, á las regiones que los europeos no ocupan aún; pero no me atrevería á responder de nuestra suerte, si naufragáramos aquí.

Así se llegó al *estrecho de Torres*, el punto peor de la travesía, pues en él hay diseminados más de

novecientos escollos. El capitán no se apartaba del timón; su segundo, que estaba á un lado, transmitía al timonel las órdenes.

De pronto gritó el vijía desde lo alto de su mástil: « ¡ Un escollo delante! » y en el momento se vió destacarse un banco de coral á flor de agua á doscientos metros apenas; el timonel había interpretado mal la orden de su superior y gobernó á la derecha en vez de hacerlo á la izquierda. El buque va seguramente á destrozarse contra el arrecife.

Por fortuna el capitán no pierde la sangre fría; arrójase sobre el timón, de un empujón hace que el marinero que lo empuñaba vaya rodando ocho ó diez pasos y empleando toda su fuerza, logró imprimir al gobernalle el necesario impulso. La *Estrella de los Mares* se estremece como un caballo indómito que se niega de pronto á obedecer, se inclina un momento sobre el costado derecho, y luego se alza, lanzándose en la dirección que le ordenan.

— ¡ Cáspita! exclamó el Sr. Blondeau una vez que el barco volvió á entrar en aguas tranquilas y que el capitán ocupó de nuevo su puesto en la toldilla: ¡ de buena hemos escapado! Ahora podemos hacer un palmo de narices á los *aborígenes* (habitantes primitivos de un país) pues la esperanza de regalarse con nuestras personas que pudieron tener se ha desvanecido. Estamos en salvo; pero... lo que es hace un momento...

Ya no hubo más alarmas; una hora más tarde salía el barco del estrecho, y los pasajeros lanzaron una definitiva exclamación de júbilo.

LXXIV. — UN BUZÓN PARA CARTAS EN ALTA MAR. — LAS ISLAS DE LA SONDA. — LOS VOLCANES.

— ¿Ves aquella peña? preguntó el Sr. Blondeau, señalando á Miguel un islote cubierto de *cormoranes*, de *pelicanos*, *gaviotas* y otras aves acuáticas, que se divisaba á cierta distancia. En otra época ningún navío pasaba por aquí sin pararse á recoger los paquetes que encontraba en el *buzón de correos* existente en la isla. Era simplemente una cavidad practicada en una roca, al abrigo de los vientos y las lluvias, donde los buques procedentes del hemisferio boreal ó del austral depositaban las cartas y paquetes destinados al opuesto. Al mismo tiempo recogían los que iban destinados á los países que ellos debían visitar.

Había depósitos de éstos en distintos puntos del globo, allí donde no existía ningún establecimiento europeo, como por ejemplo aquí y en el *estrecho de Magallanes*. Hoy que las comunicaciones son tan fáciles y múltiples, los buzones geográficos han dejado de ser necesarios.

Cormoranes y pelicanos. — Aves de rapiña marinas, de tamaño análogo al del ganso, y de plumaje análogo al del cisne. Ambos tienen debajo del pico una bolsa en que guardan el pescado que recogen. La existencia de esta bolsa ha dado origen á una fábula, según la cual el pelicano se abría el seno para dar de comer á sus hijos.

Habían terminado los bancos de coral, y el mar ha tomado hermoso color azul, presentándose unido como un lago bajo el sol deslumbrador que reverbera en él. La *Estrella de los Mares* recorre ahora, sin tenerlas á la vista, las costas de la *Nueva Guinea*, grande y fértil isla llamada también *Papuasía*, donde se encuentra el *ave del Paraíso*, una de las más bellas que existen, y que las señoras apetecen

para adorno; después penetra en el *mar de las Molucas*. Acá y acullá se ven islotes de verdura, entre los cuales se deslizan canoas cuyas velas están hechas con junco trenzado; aparecen las primeras *islas de la Sonda*, y por fin el buque pasa el *estrecho de Bali*, que separa de Java la isla de aquel nombre.

Islas de la Sonda. — Vasto archipiélago del sur de la *Malesia*, que comprende gran número de islas, y sobre todo *Sumatra*, *Java*, *Sombava*, *Flores* y *Timor*. Los holandeses poseen factorías en casi todas ellas. Su vegetación es admirable, sobre todo la de *Java*. La capital de esta última es *Batavia*, nombre que significa *Holanda* (país de los bátavos); en ella reside además el gobierno de las colonias holandesas en el Océano Índico.

— Este mar, dijo el capitán, está hoy más tranquilo que en cierta noche de 1883. Yo navegaba entonces á unos ochenta kilómetros de donde estamos cuando de pronto vi iluminarse el cielo con resplandores extraordinarios, mientras nuestro buque era sacudido como por la más violenta tempestad; después el Sol, que tenía su acostumbrado brillo, quedó oscurecido por densos torbellinos de humo y cenizas. No era posible dudar de que un volcán estaba en erupción. Era, en efecto, el de *Krakatoa*. Esta catástrofe produjo estragos espantosos. Las ciudades de *Tjeringen*, *Telak*, *Betang*, *Merak* y *Bantam* fueron destruidas, y se calcula que murieron entonces 75.000 personas.

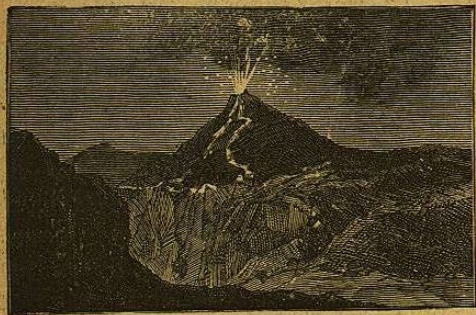
Tan terribles fenómenos abundan en estos parajes: las islas de la Sonda están formadas de terrenos particularmente volcánicos y no pasan nunca muchos años sin erupciones ó temblores de tierra; pero jamás se había visto un trastorno semejante á ese.

Mientras el capitán recordaba estos terribles acontecimientos, la *Estrella de los Mares* iba costeano la isla, llena de montañas de abruptas formas, en casi todas las cuales hay volcanes. El ligero pena-

cho de humo que se alza sobre algunos indica los que todavía están en actividad; los demás permanecen adormecidos, pero quizás se despertarán un día con tremendas manifestaciones.

El calor es cada vez más pesado y el termómetro marca cuarenta y cinco grados á la sombra durante el día. Imagínese lo que eso puede ser, recordando que en Europa se quejan cuando pasa de veintisiete. Así es que los viajeros tienen deseos de tomar tierra.

Volcanes y temblores de tierra. — Un volcán es una montaña que vomita llamas, humo y materiales fundidos, por una boca situada en su cima y llamada *cráter*.



Volcán.

En ocasiones las materias lanzadas por los volcanes han sepultado ciudades enteras, como *Pompeya* y *Herculano* en el primer siglo de nuestra era. Suele ocurrir que un volcán permanece años y aun siglos sin arrojar nada y que de pronto se produce una erupción muy violenta. Las erupciones vienen con frecuencia acompañadas por *terremotos*. Dase este nombre á unos movimientos rápidos y violentos que agitan el suelo. Las casas se derrumban y se abren grietas en que son sepultados los habitantes. Los temblores de tierra son una de las mayores calamidades conocidas.

LXXV. — BATAVIA.

Durante una radiosa tarde de Diciembre, el vapor ancló en un vasto golfo que recorren infinidad de barcos de todas las naciones: la *Estrella de los Mares* había llegado á *Batavia*.

La parte baja de la ciudad, que está junto al puerto, no es habitada sino por *malayos* y *chinos*

que son muy numerosos allí lo mismo que en Australia. Los paletuvios que crecen en la bahía y en los numerosos canales ó arroyos que la rodean, la hacen sumamente malsana; pero si bien los vapores que ella exhala son funestos para los hombres, en cambio deben favorecer á los cocodrilos, pues éstos no son en parte alguna tan grandes como en Batavia. Los hay que alcanzan siete metros de largo. Cuando las aguas están muy bajas, se les ve refocilándose en el cieno. Estos animales son el terror de los indígenas, á quienes se comen después de hacer zozobrar sus piraguas.



Batavia.

La parte de Batavia en que viven los europeos está á cierta distancia de la otra. *Fórmanla*, no grupos de casas alineadas en forma de calles, como las demás ciudades, sino un inmenso jardín, cruzado por canales y alamedas umbrías. Las habitaciones desaparecen detrás de los bosquecillos de *mirísticas aromáticas* (árbol que da la nuez moscada), de *tamarindos*, de *mangos*, de *cafetos* y de otras plantas de flores magníficas, de fresco follaje y de frutos exquisitos. Miguel se creía transportado á uno de esos países de que se habla en los cuentos. De noche la multitud de *luciolas* que se agitan en la enramada aumentan con sus movedizas luminarias, el aspecto encantador del sitio. Miguel conocía ya esas moscas,

que existen en todas las regiones cálidas, pero en ninguna parte tan abundantemente como en Batavia.

Luciolas ó lampiros. — Insectos que viven en los países cálidos y que difunden resplandor análogo al emitido por las luciérnagas. Los hay en el mediodía de Europa. Las luciolas duermen durante el día y no se dejan ver sino de noche.

Entre los árboles que veía, Miguel notó principalmente algunos de aspecto sumamente extraño, pues formaban como una inmensa cúpula de verdura, sustentada por multitud de columnas. Eran las *higueras de la India*.

Higuera de la India ó de las pagodas. — Árbol muy grande, objeto de gran veneración por parte de los indios. Tiene una propiedad particular. Sus ramas emiten raíces aéreas, que van á introducirse en el suelo y producen hijuelas. Así es que uno de estos vegetales basta por efecto de su multiplicación para cubrir una vasta extensión de terreno.

En los canales es extremada la animación; multitud de malayos de flotantes vestiduras, en que dominan los colores chillones, impulsan sobre la superficie del agua sus ligeras embarcaciones, entre las cuales se ven las cabezas de enormes búfalos, que toman un agradable baño. Los hombres gritan, ríen, gesticulan, interpelan á los transeuntes.

Su color, que es moreno rojizo, contrasta con el pálido de los europeos que viven en Batavia y que en su mayor parte son holandeses. El aire delicado de los últimos demuestra que el clima no les es propicio. La verdad es que hasta causa su muerte: los europeos no pueden habitar ese país sino tomando grandísimas precauciones y viviendo con sobriedad absoluta.

— Aquí es mortal la intemperancia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel. Los que se entregan á ella no tardan en sucumbir por efecto del cólera, la disentería y las fiebres palúdicas. Lo mejor es adoptar el

régimen de los naturales del país, contentándose como ellos con arroz, condimentado con *pimienta ó Kari* (pimienta colorada); alguna fruta, y eso sin abuso.

Miguel no tardó en convencerse de que el inge-



Higuera de las pagodas.

niero decía la verdad. Un viajero que estaba en el mismo hotel que, ellos comió demasiadas piñas, á pesar de las observaciones que le hicieron. Aquella misma noche cayó malo, muriendo al día siguiente.

LXXVI. — PASEO POR JAVA.

Miguel llegó á Batavia un sábado. Como el domingo estaban cerrados los almacenes de la casa Caxton y además iban á estarlo el lunes, por ser aniversario del nacimiento ó de la coronación del

rey de Holanda, nuestros amigos resolvieron aprovechar ese asueto involuntario del joven para efectuar la ascensión del *Tankubanprahán*, volcán situado en las cercanías de Batavia. El Sr. Blondeau no pensaba embarcarse para Atchin, capital de Sumatra, sino en la siguiente semana.

Durante la travesía de Sydney á Java, el Sr. Blondeau y Miguel habían trabado amistad con un funcionario inglés que volvía de Australia, donde su gobierno le encargó una misión.

El Sr. Lytton era hombre instruído y de agradable conversación. Así fué que cuando expresó deseos de tomar parte en la proyectada expedición, el Sr. Blondeau aceptó con muchísimo gusto.

Á las cinco de la mañana siguiente, hora en que acostumbra á levantarse en Batavia por causa del calor extremado del día, los tres viajeros subían á un coche. En el campo reinaba gran actividad. Multitud de mandaderos (*coolies*) chinos y malayos iban en fila, á paso gimnástico, con cañas de bambú que cada dos de ellos apoyaban en el hombro, y de las cuales colgaban fardos diversos; hombres, mujeres y niños del país labraban la tierra con ayuda de sus búfalos, cuyas grandes cabezas lanudas, armadas de grandes cuernos, se destacaban sobre el color verde de los arrozales. Los niños, de carillas redondas y morenas, iluminadas por ojos vivos y muy negros, jugaban cerca de sus madres. Al pasar los viajeros, todos ellos interrumpieron sus ocupaciones para prosternarse hasta tocar el suelo, dando señales del más profundo respeto.

— ¿Por qué tantas reverencias? preguntó Miguel á sus compañeros. Sin duda los toman á Vds. por grandes personajes.

— Son para ti también, replicó el Sr. Blondeau. Los holandeses, dueños de Java, exigen que los

habitantes tributen ese homenaje á todos los blancos. Así creen conservar su prestigio en la isla, que es para ellos fuente de grandes riquezas, gracias sobre todo á su manera de administrarla.

En general, el trabajo es libre en todos los países del mundo. El propietario de un terreno planta lo que quiere, y lo cosecha cuándo y cómo quiere. Si le sale bien el negocio, tanto mejor para él; si no, allá se las compongá.

Pero en Java no ocurren así las cosas. Casi hasta nuestros días en todas las partes montañosas de la isla, que son las más favorables al cultivo del café, cada familia tenía la obligación de plantar y conservar seiscientos cafetos. Ni uno menos. Y su producto debía ser vendido al Estado que lo compraba á un precio determinado por él y que era el mismo en toda la colonia. Ese café era vendido en Holanda, y el tesoro público recibía los inmensos beneficios que resultaban de la diferencia existente entre el precio de coste y el de venta.

Lo mismo hacían con la caña dulce en los terrenos que se prestan á este cultivo. Los javaneses, que son de índole suave y que habían sido tiranizados por los sultanes y príncipes (*rajahs*), precedentes dueños de la isla, no pensaban en quejarse de este sistema y hasta se consideraban felices. Sin embargo los mismos holandeses han reconocido que abusaban de su poder y de algún tiempo á esta parte han cambiado las cosas.



1 ama de cafeto.

Café. — Planta oriunda de *Arabia*; es un encantador arbusto, de flores blancas y odoríferas, que son reemplazadas por frutos encarnados, parecidos á pequeñas cerezas, y que sirven de envoltura á dos de esas semillas que llamamos *granos de café*. Los más estimados son los de *Moka*, *Java*, *Borbón*, *Martinica*, *Guadalupe* y *Guayana holandesa*. Este cultivo se ha extendido por todos los países cálidos; sin embargo, el café de *Moka* sigue pasando por el mejor.

El aspecto del campo seguía siendo magnífico y encantador; mimosas de delicado perfume, rosagos rojos ó azafranados, azaleas rosadas y celestes, mil flores desconocidas por nuestros viajeros, cubrían



Sagotal.

los espacios no cultivados; en los estanques se abrían nenúfares de todos colores. Entre ellos se distinguía la *victoria regis*, de anchísimas hojas y cuyas flores blancas, de corazón purpurino, tienen hasta treinta centímetros de diámetro. Ya se atravesaba un bosque de *sagotales*, de *sándalos*, de palo de *teck*, *árboles de copal* y *del pan*; ya se veían *helechos arborescentes*, tan altos como verdaderos árboles, que formaban alamedas cubiertas, sobre las cuales balanceaban sus copas los cocoteros con sus frutos; ya se descubrían naranjos cargados de mil dorados frutos. Los monos, que retozaban en esa vegetación magnífica, interrumpían sus juegos para verlos pasar, y más de uno, tomando á Miguel por un antiguo camarada, se acercó á hacerle muecas ó le saltó familiarmente al hombro.

Sagú. — Es una fécula extraída de un árbol llamado *sagotal*, especie de palmera que crece en las *islas de la Sonda*, las *Molucas* y las *Filipinas*. También se le cultiva en la *América central*. Para

extraerlo, se derriba el árbol y se le quita la medula, machacándola y desliéndola en agua. Déjase en reposo y así se obtiene una pasta que se pone á secar á la sombra y que se usa como alimento. El sagú cocido se parece mucho á la *tapioca*, que se extrae de la *mandioca*.

Sándalo. — Árbol grande que se da en la India y en las islas de Oceanía. El *sándalo citrino* tiene olor aromático muy agradable. Con él se fabrican multitud de objetos pequeños de escritorio ó tocador, abanicos, etc., ó bien se le quemá para aromatizar la atmósfera. El *sándalo rojo* produce una materia de este color, que se emplea en tintorería.

Teck. — Árbol corpulento de la India y las *islas de la Sonda*. Es el más precioso que existe para construcciones navales; dura tres veces más que la mejor encina.

LXXVII. — BAJADA AL TANKUBANPRAHÁN.

Después de pasar la noche en la aldea situada al pie del volcán, se pusieron en camino por la mañana, mucho antes de que saliera el Sol. La silueta del Tankubanprahán se dibujaba vagamente en el cielo, teñido apenas por los primeros arreboles del día. El camino serpenteaba por entre árboles enormes, y éstos se enlazaban unos con otros mediante bejuco que parecían serpientes. Á medida que subían, el olor del azufre venía poco á poco á reemplazar las puras emanaciones de la floresta, provocando la tos de los viajeros. El color verde iba haciéndose pálido; los árboles empezaban á escasear; los que subsistían no presentaban sino un tronco desprovisto de hojas y ni siquiera se divisaba alma viviente. En todas partes reinaba silencio de muerte.

Después de tres horas de fatigosa subida, en medio de una naturaleza desolada, llegaron nuestros viajeros á la cima de la montaña.

Desde allí penetraba la vista en la ancha y profunda hondonada que constituía el cráter del volcán. En el fondo había un lago, que hervía y echaba humo. Por todas partes se alzaban montículos, de que salían densas columnas de vapores sofocantes, difíciles de respirar.